

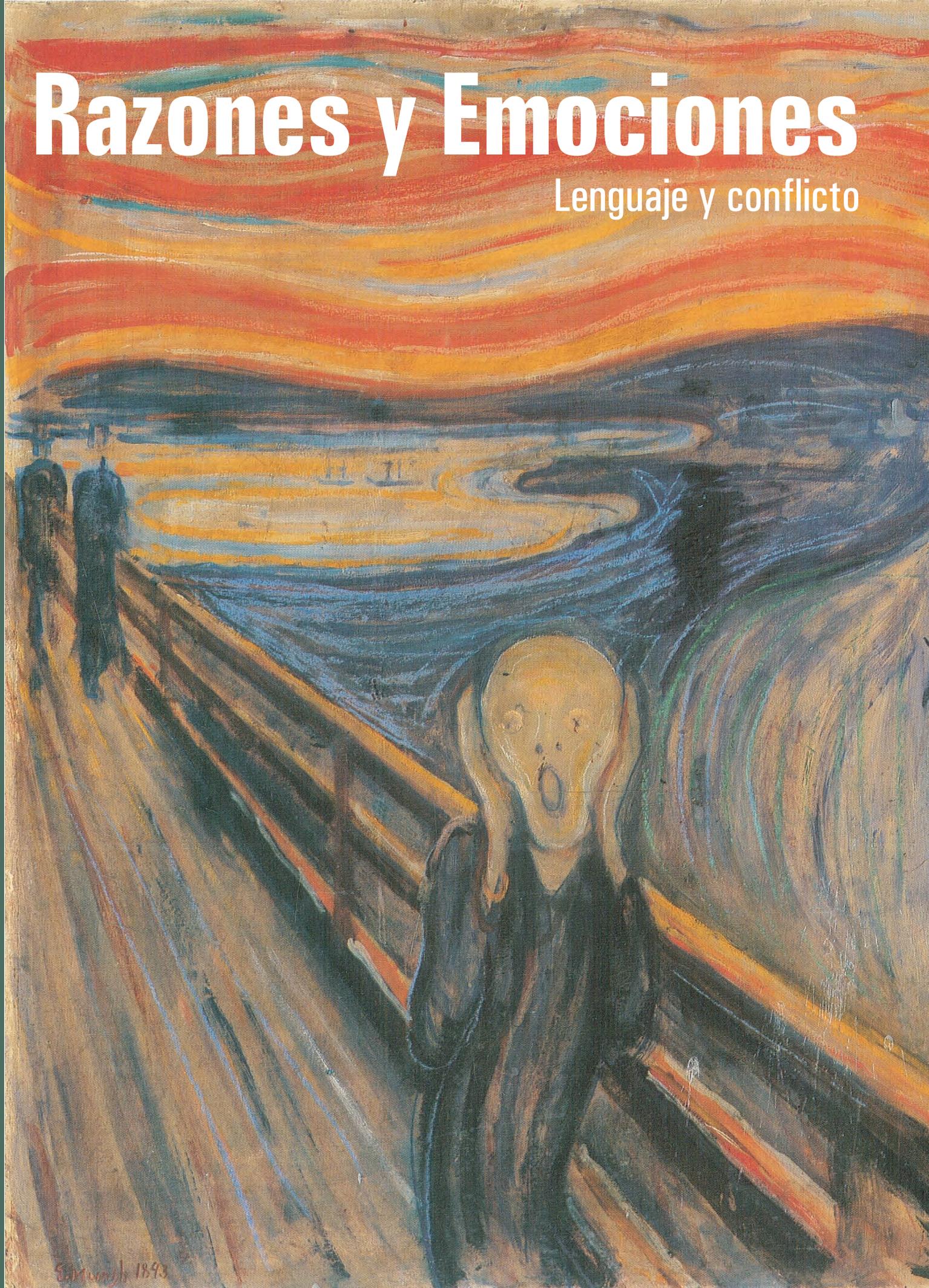
Razones y Emociones

Lenguaje y conflicto



FUNDACIÓN DOS MUNDOS

NO. 20 Bogotá, Colombia
Noviembre de 2008



Edvard Munch 1893

Junta Directiva

Guillermo Hoyos
María Jimena Dussán
Salomón Kalmanovitz
Tatiana Rincón
Eduardo Villar Concha
Rodrigo Uprimny
Carlos Uribe
Fernando Jiovani Arias

Consejo Editorial

Germán Rey
Fernando Jiovani Arias
Claudia Pilar García
Manuel González Pardo

Portada

“El grito”

Edvard Munch, 1893

Técnica: Óleo, temple y pastel sobre cartón

91 x 73,5 cms.

Nasjonal Galleriet, Oslo

Fotografías Fundación Dos Mundos

Donaldo Zuluaga
Juan Antonio Sánchez
Natalie Sánchez
Olga Lucía Poulhiac
Fredy Amariles García
Stephen Ferry

Diseño

Mariana del Pilar Méndez M

Impresión

Espacio Creativo Impresores

ISSN: 1900-4397

Noviembre 2008

Fundación Dos Mundos
Cra. 5 No 67-12
Bogotá – Colombia
www.dos-mundos.org

Contenido

- 3 Editorial
Lenguaje y emoción
Fundación Dos Mundos
- 8 La palabra y el duelo
Por: Jorge Eliécer Pardo
- 13 El lenguaje como víctima de la guerra
Por: Víctor Guerrero
- 18 Llanura de Tuluá
Por: Fernando Charry Lara
- 19 Emergencias sociales, urgencias de la comunicación.
El desplazamiento de lo importante
Por: Gustavo Cimadevilla
- 24 Estereotipos sobre desplazamiento y el arte de
preguntar
Por: María Teresa Herrán
- 28 Anotaciones sobre el uso del lenguaje en la
intervención psicosocial
Por: Eduardo Villar Concha
- 31 Reseña

En el desarrollo disciplinar de la psicología uno de los más prometedores campos de estudio, -con un respaldo investigativo y conceptual vasto, pese a lo relativamente recientes de los trabajos-, es el lenguaje, unido al análisis de las narrativas o discursos. También es objeto de interés el tipo de realidades mediadas por el lenguaje, donde el énfasis no es puesto tanto en los códigos comunicativos o de estructura que éste aporta, sino más bien en aquellos escenarios de realidad susceptibles de construir a partir de una comunidad lingüística. Tal realidad es difícilmente objeto de predicción, por el contrario, es el resultado concreto de la vivencia entre sujetos, con lo cual se reconoce al lenguaje un potente papel en la producción de la realidad que surge. No sólo se trata de la reproducción de códigos, sino que recrea nuevas realidades en el espacio relacional, naturalmente con la puesta en escena de las interpretaciones y/o valoraciones que hacen quienes participan de esa interacción, las cuales se nutren del contexto en que ese lenguaje toma asiento.

El rasgo constitutivo de humanidad más sobresaliente es el lenguaje. Somos humanos en el lenguaje, proclaman los más entusiastas teóricos del llamado giro lingüístico; los seres humanos que componen un determinado entorno participan de un conjunto de espacios simbólicos en común, cuyos significados se comparten socialmente por quienes hacen parte de ese entorno, a través de la red conversacional o comunicativa que conforman. Por fuera del lenguaje no solo careceríamos de posibilidad nominativa sino que gracias al lenguaje es posible comunicar experiencias biológicas como el amor o el odio, la tristeza o la rabia; esas “realidades” emocionales, igual que cualquier otro fenómeno social, lo son porque somos en el lenguaje, en clave generativa, como lo entiende Maturana; invención al tiempo que configuración de la realidad.

Al lenguaje le sobrevienen, pues, mayores alcances de los que se derivan del aporte que hace cuando otorga significado en una determinada lengua, empleada para dar desarrollo a la función comunicativa que aquél tiene. Los signos de una lengua particular gozan de una significación que es meramente convencional, sólo representa la realidad en tanto su contenido es la idea asociada a tal signo. Esa es, sin embargo, una manera restrictiva de entender el potencial del lenguaje en tanto constructor de realidad. Es preciso reconocer en éste un mayor alcance, de más complejidad, dado por lo que permite significar en común entre quienes participan del proceso comunicativo, lo cual cobra sentido en el contexto tanto psicológico como social y cultural en el que esos signos comunicativos son empleados. Sólo que el lenguaje, además de recoger o transformar las convenciones propias de un grupo social o comunidad, también es posible de orientar en una dirección determinada según el interés o poder que le subyace, a partir de lo cual las formas de reproducción de un determinado discurso tienen fuertes implicaciones en el tipo de realidades que instauran.

Lo anterior abre la cuestión acerca del papel que cumple el lenguaje al construir, mediar o difundir determinadas narrativas; es decir, el tipo de función que ciertos relatos totalizadores cumplen y por oposición el señalamiento y exclusión que entrañan para aquellos que no lo reproducen.

De manera que las versiones de realidad que se recrean de un hecho, fenómeno o experiencia, por una parte, ponen de presente la preferencia o privilegio de determinadas explicaciones, -casi siempre coincidentes con el tipo de realidad que funcionalmente se quiere reproduzca el lenguaje-, y por otro lado, ponen de relieve el propósito o función que se espera cumpla socialmente ese dis-

curso. Las implicaciones de un relato dominante determinado poseen una capacidad muy recursiva de variabilidad, pero la misma se ve amenazada cuando la función creadora del lenguaje se pone al servicio de construir versiones unívocas y peor aún, cuando la fuerza impositiva no descansa en su solidez y riqueza argumentativa, sino más bien en el tipo de mecanismos de amplificación y reproducción de que se vale. Es decir, del uso de un poder capaz de imponer.

En contextos de realidad mediados por una fuerte exclusión lingüística, la producción y reproducción de prejuicios que se hace desde el lenguaje, agrega el problema de que los estereotipos que éste prefigura, promueven cierta auto-dinámica que refuerza el imaginario recreado desde allí. En adelante la modificación y transformación de esas preconcepciones no sólo es más improbable, sino que casi siempre la posibilidad de cambio de tales sesgos es menos posible de lograr, dado que operan a la vez como una especie de homeostasis que refuerzan el entendimiento de que los referentes posibles son los propios.

El lenguaje hace así mismo de puente mediante el cual desde el entorno cultural se construyen los procesos de identidad individual y colectiva. A su vez ese entorno está compuesto del conjunto de usos y prácticas, creencias y significados socialmente compartidos en un contexto particular.

Nuevamente aquí, lo identitario surge de modo relacional y no como la manifestación de determinadas características idiosincrásicas. Comprender psicosocialmente qué ocurre a un sujeto o comunidad expuestos a diversas violencias, pasa por conocer y reconocer los cambios que en un sentido más amplio van operando en la cultura tales hechos y, desde allí, la manera como son incorporados por los sujetos inmersos en ese marco cultural. Esa interacción sujetos-contexto cultural, está mediada por los significados que hacen sentido en unos y otros, lo cual pone en juego las diversas subjetividades, productos también del encuentro relacional.

Uno de los recursos culturales más efectivos para difundir, propagar o enfatizar determinados imaginarios son los medios masivos de comunicación.

En últimas la realidad o imaginario que se va recreando socialmente, en buena parte ha contado con un aliado poderoso: el lenguaje que destaca el medio de comunicación. Naturalmente los medios de comunicación no sólo responden a la tarea de informar o difundir información. Adscritos como están a intereses comerciales, en el caso de aquellos que hacen parte de grupos empresariales, o al propósito de promover la visión e información cercana al gobierno, cuando se trata de medios oficiales, lleva a que el tratamiento de los diversos temas, el grado de profundidad y la orientación editorial, respondan también a esos intereses y desde allí importante de tener presentes el tipo de imaginarios que promueven.

Tal vez uno de los aspectos más llamativos es cómo desde el imaginario social que concurren a recrear los medios, existe el privilegio marcado de un lenguaje que, a la postre, termina haciendo más fuerte la voz de los victimarios que la de las víctimas.

El tratamiento que se hace del tema, registra principalmente aquellos aspectos cuyo cubrimiento resulta más efectista. Ello puede ocurrir porque el registro principal es sobre los alcances y demostraciones de que son capaces, de su poder intimidatorio, de corrupción y omnipresencia. Pero también por la superficialidad con que se aborda el análisis de su accionar y la identificación de las retículas de poder y complicidad con que actúan, las cuales no se evidencian con el mismo nivel de despliegue.

No hay lugar para un desarrollo contextualizado de lo que implica para las víctimas su exposición a diversas experiencias eficientes para causarles daño, -violaciones de derechos, impunidad, no reparación, aislamiento, etc.-. Tampoco hay la menor proporcionalidad en el espacio que se les otorga para que puedan dar a conocer su perspec-

tiva, con lo cual socialmente se va reproduciendo un imaginario que termina por hacer de caja de resonancia a un estereotipo de victimarios todo poderosos. El correlato en la vivencia de las víctimas es que sus asuntos vitales pasan a ser referentes estadísticos que esconden la situación humana y el drama que atraviesan; la alusión a sus derechos se resuelve por la enunciación de la formalidad normativa violada, sin que de ello sea posible una comprensión de lo que comporta para la sociedad y legitimidad del Estado, que ese tipo de prácticas ocurran en la proporción, alcances y formas de expresión que asumen. Desde este escenario, acceder a una comprensión pública de la versión de realidad de las víctimas, -que sería una forma de reconocimiento a su dignidad humana ultrajada-, no sólo es poco o nada realizable, sino que las víctimas deben, con la privatización de su dolor, asumir la significación de que su realidad es un asunto desconocido para la opinión pública y marginal en las prioridades del Estado.

En una perspectiva psicosocial es importante tener en cuenta las vías a través de las cuales son construidos los significados que los sujetos recrean sobre determinada experiencia. De qué manera se desarrollan las narraciones que hacen sobre esa vivencia y cómo ocurre la atribución de significados; en qué momento entran a operar como entidades psicológicas; es decir, a partir de qué eventos el lenguaje pasa a jugar un rol central en la configuración de la realidad psicológica de un individuo o grupo. Gracias a la narración o discurso es posible la representación del hecho o fenómeno, sólo que es más que la sola descripción, pues esa clase de relato está íntimamente vinculada con el emocionar que de allí se desprende, o mejor, que por tal se construye. El lenguaje puesto en la narración, goza respecto del sentir de un alcance implicative a tal punto, que viene a configurar una especie de modulador de la expresión emocional.



Autor: Eric Drooker, "Censorship", Ilustración

No es fácil distinguir a partir de qué momento la expresión emocional resulta en coherencia con la narrativa construida desde la experiencia. Así las cosas, el sentir tiene vida en tanto es objeto de comunicación: desde cuándo, gracias al proceso comunicativo, es posible enterar al otro y enterarse del sentir de ese otro. Por ejemplo, en estricto sentido, la tristeza de un alguien interlocutor cobra todo su poder comunicativo cuando está en relación y esa es una actividad eminentemente lingüística, en donde es imposible no comunicar. Cuál podría ser el papel del lenguaje en la transformación de imaginarios sociales que limitan o alejan la posibilidad de superación de los impactos emocionales asociados a las violencias de que

es objeto un ciudadano o una comunidad? Probablemente el primer paso sea tener consciencia sobre la potencialidad que tiene de afectar negativamente la salud mental, cuando promueve comprensiones que hacen énfasis sólo en la tragedia y soslayan la recursividad para encarar los desafíos; cuando con el lenguaje se estigmatiza y segrega y cuando, como

suele ocurrir, a los reclamos de las víctimas se responde con desprecio, cobijándoles con la duda de avivatos, de demandantes sin límite. Pero también cuando no se reconocen sus derechos, no hay acogida para su exigibilidad y en cambio se favorece un imaginario de minusvalía y de depositarios de la bondad pública.

Adicionalmente el lenguaje cumple una función argumentativa, gracias a la cual permite que la operación de nuestros sentidos cuando informan de la "realidad" posea significado. Por tanto, la atribución de significados alrededor de una determinada experiencia es una construcción mediada por el lenguaje que se privilegia. En la definición de esa realidad se da una participación activa del sujeto, con su carga de experiencias, ideas, valoraciones y prejuicios.

Lo que percibimos es básicamente resultado de un ejercicio de nuestra mente, que a su vez es transformada, entre otras, por esas variables. De modo que el lenguaje es más que el medio del que nos valemos para hacer posible el proceso comunicativo, es central en la manera como ordenamos la información. Más allá de aportar estructura comunicativa, a través de los significados el lenguaje permite una aproximación contextual, al involucrar las realidades sociales y culturales en las que actúa. En este sentido el papel del lenguaje no es un asunto menor, acogiendo la incertidumbre que tiene aceptar la existencia de una realidad objetiva, externa a los sujetos, el significado de realidad es posible en la interacción de éstos, en un proceso mediado esencialmente a través de la actividad lingüística, desde donde parecen sospechosas las creencias entorno a perspectivas psicológicas que se afianzan en una comprensión estructural del lenguaje, de mentes individuales, ajenas al contexto en el que se materializan.

No parece probable la comprensión del fenómeno psicológico asociado a la violencia política o las violaciones de derechos humanos, como no sea dotando la comprensión de dicho fenómeno de un especial énfasis en torno del papel allí del lenguaje. La comprensión y aún la representación emocional que sobreviene de una experiencia, no es el resultado de rasgos constitutivos, atributos o consecuencias en sujetos o mentes por separado. Es el resultado de la interacción relacional y de atribución de significados compartidos, en el sentido de Gergen, más que la existencia de una subjetividad individual y estable que pueda ser objeto de estudio o “tratamiento”. La identidad del sujeto puede entenderse, en estos términos, como socialmente construida y moldeada, por tanto, relativa al contexto histórico y cultural en que la experiencia se suscita.

Desde esta perspectiva poco interesaría para conocer del sentir del otro, hacer una disección del relato que hace: la construcción de ese sujeto ocurre en la narración o discurso que acoge a partir de su experiencia emocional. De manera que la realidad emocional posible de conocer tras las exposición a un hecho doloroso por ejemplo, se construye –y se

de-construye-, en un proceso de interacción social, desde donde la representación individual de cada sujeto es aprehendida en el proceso de socialización, a través de los relatos,, explicaciones, versiones o narraciones que construyen sobre esa experiencia. En consecuencia, el lenguaje al favorecer un sentido o noción que es socialmente compartida instaura, recrea o transforma ciertas visiones de realidad; desde allí su potencial función transformadora, bien para favorecer o no bienestar emocional.

Esta asunción construccionista social del lenguaje ubica el centro de atención en los procesos sociales, que son a su vez, los que atribuyen un sentido. El proceso psicológico viene a ser más bien lo que surge de la inter-subjetividad compartida. Pero la relevancia aquí del lenguaje excede el aspecto instrumental de aporte metodológico, su papel es hacer de una especie de organizador de nuestras experiencias o percepciones. Aun más, sería gracias y por el lenguaje que las cosas suceden, en el sentido de Potter, en todo caso, el medio gracias al cual es posible estar en relación/interacción. Más allá del significado de los signos empleados en el proceso comunicativo, su importancia radica en aquello que denota en un contexto psicológico y social determinados. Tales significados más que estructuras inmanentes de los sujetos o de las conversaciones de que participan, son expresión del contexto social particular en que surge la experiencia psicológica.

A partir de una vivencia, tanto en el plano individual como relacional de un grupo familiar o comunitario se construyen narraciones, versiones, que están lejos de ser meros relatos descriptivos de una realidad externa. Son todo lo contrario, recreadores de un tipo de realidad capaz de transformar el sentir de esos sujetos.

Por esta razón, al no ser estático, el lenguaje puede favorecer, más que representaciones de la realidad, la construcción de múltiples narraciones según los recursos lingüísticos acogidos. Aquí posiblemente radica su importancia potencial de herramienta transformadora de la emocionalidad de personas y grupos. Otra cosa es que también desde el contex-

to sea posible el impulso o énfasis de cierto lenguaje que, al encontrar los canales de reproducción apropiados, hace las veces de amplificador de visiones que terminan por instaurar versiones funcionales a determinados propósitos o intereses.

Los efectos de cómo es utilizado un lenguaje determinado revisten de importancia práctica en realidades que exhiben la complejidad del contexto colombiano. En un escenario excluyente en el que el lenguaje es puesto al servicio de instaurar lógicas del tipo amigo/enemigo, de bueno o malo, homogenizantes; en donde son posibles interpretaciones unívocas de la realidad, el correlato perverso es que apalancadas en el ejercicio de la función pública, querrían abrogarse la atribución de depositarias de versiones infalibles o, lo que es peor, que aquellas visiones o interpretaciones que no resultan coincidentes, son de entrada puestas no en el lugar de la controversia y el debate plural, sino como arquetipos de quienes se oponen al interés y al bien común.

Nada más peligroso que la extrema radicalidad que durante los últimos tiempos el país ha venido registrando respecto de la forma como voces que no hacen eco de la visión oficial son definidas con todo tipo de calificaciones, beneficiarios vs. oprimidos del discurso, como diría Foucault; que añoran el unánimismo ante los designios mesiánicos, pero que no se agotan en la nostalgia de no alcanzarlo, sino que han terminado por pregonar una malsana tendencia donde disentir y señalar los puntos de reparo, equivale a estar del lado de quienes hacen uso de la violencia y el horror como vía de acción política. Esa es, por desgracia, la realidad que hoy enfrentan las defensoras y defensores de derechos humanos en Colombia, trabajo que desde la prédica oficial totalizante, no sólo resulta subversivo, sino impulsor de los infortunios de la patria. Es el mismo trato que desde un lenguaje arrogante y belicoso, se empeña en hacer creer a todos, que la salida a nuestros males pasados y venideros, sólo es posible en la desgracia de la guerra y que considerar opciones por fuera, no es más que el estribillo de nostálgicos dejados por la historia, torpemente funcionales al interés de los violentos.

La palabra y el duelo

Por: Jorge Eliécer Pardo

Escritor y periodista

Ganador del concurso nacional de cuento sobre desaparición forzada sin rastro

El duelo siempre comienza con la palabra. Desde la noticia triste que nadie quiere pronunciar hasta la despedida en el responso final o en los recuerdos que quedan deambulando mientras los ritos de los adioses llenan las salas, las iglesias o los cementerios. Para el duelo ocasionado por la guerra se hace necesaria la palabra. A pesar de que es la primigenia para conjurar el dolor en la mayoría de las confrontaciones, la palabra se engrandece frente a la muerte y más frente a la desaparición o el secuestro. La palabra exorciza y da cuerpo, trae recuerdos y evoca lo perdido. De la misma manera la palabra que proviene del dolor da vida, es como un nacimiento al revés. La palabra que reconstruye, aunque triste, permanece y, muchas veces, perdona.

A múltiples generaciones les han exigido silencio, les han quitado la palabra, les han prohibido decir y nombrar a las víctimas y a los victimarios. La palabra también desde la retórica la ha ejercido el poder político y económico y ha ordenado amordazar a quienes pretenden reclamar a sus muertos y a sus desaparecidos. La palabra, de los que no la tienen, se ahoga en la historia de las guerras, en las normas y leyes, en los indultos, los armisticios y las amnistías, en los perdones y los olvidos, en las falsas reparaciones, en los silencios de los historiadores, cercenadores de la memoria.

El despojo de la palabra es más grave que el despojo de las tierras. En el éxodo y el desplazamiento se pierde la patria chica que es como perder una parte de la nacionalidad y, en las ciu-

dades donde deambulan los parias de la guerra, la palabra también es enmudecida, los carteles donde se pide clemencia y trabajo son ignorados. Los habitantes de las urbes vemos a los parias de la guerra como personas que no quieren trabajar, que repiten el negocio de la mendicidad. Basta con observar los ojos de los negros del Chocó, a los indígenas del Cauca para darnos cuenta de que odian esa esquina del semáforo, que añoran regresar a su parcela o al tranquilo paisaje de donde fueron arrancados por quienes se apropian hasta de sus hijos. La grafía de los carteles como la palabra que golpea el vidrio de los automóviles tampoco es escuchada. Son las narraciones que se tragan las ciudades de quienes se disputarán la miseria con los habitantes incubados por la urbe.

La palabra puesta en boca de los victimarios llena libros y manuales, las de las víctimas son rescatadas por los artistas comprometidos no con la política sino con la vida. Por eso hay que hacer la expedición por el olvido, concurrir a esa invitación que hace el poeta William Ospina. Sólo reconociendo y permitiendo reconocer los horrores de la guerra las víctimas podrán llorar sus pérdidas y hacer el duelo raponeado por la historia y el poder. No importa cuánto dolor haya que superar en esa expedición triste y sacrificante, de todas maneras será menor que vivir en él toda la vida y la de muchas generaciones. Es obligatorio que la literatura y el arte se ocupen de estos temas por más truculentos que sean. Estamos avocados a asumir la estética del horror así los que quieran evadirla por lo descarnada elucubren teorías sobre la belleza

del arte por el arte. Se oye decir que a los hechos históricos hay que darles el tiempo y el espacio para la reflexión pero la misma historia nos ha enseñado que los verdugos no tienen espacio ni tiempo que, como la miseria, se multiplican.

Como hemos perdido la capacidad de escuchar, hemos perdido la de hablar. Los testimonios directos de la dolorosa historia del país se pierden y son reemplazados por las crónicas superficiales de periódicos y revistas, de tele noticieros y libros de quienes encuentran en esos relatos una forma de subversión. La palabra de los viejos que cuentan experiencias ha sido silenciada. Los oídos sordos de la justicia también perdieron la palabra porque los testigos que quisieron hablar fueron enmudecidos.

Si la literatura colombiana que relataba la guerra de Laureano Gómez, la de los años 50s, era un inventario de muertos, la que ahora se es-

cribe por los autores decididos por la vida y la realidad histórica, podría convertirse en el inventario de la verdad desde la estética del arte. La muerte y el dolor del pasado en procura de la paz del presente no puede excluirse de la reconstrucción de nuestra memoria. La memoria de los pueblos no la hacen las memorias de los gobiernos sino los relatos de quienes han vivido desde la miseria y la desigualdad, el despojo, la tortura y la desaparición. La memoria de los pueblos no está en los manuales de la historia parcializada sino en las literaturas locales, regionales y nacionales, la palabra revivida en el poema, en el cuento o la novela, en la danza, en el teatro, en las artes plásticas, en la fotografía, en el cine. Sabemos que la historia la escriben los vencedores mientras la memoria la guardan los pueblos. La memoria del dolor de nuestros pueblos debe ser representada por los símbolos y los ritos del folclor de las diferentes regiones. Las costumbres ancestrales de las comunidades



Autor: Fredy Amariles García, "Las otras huellas de la guerra"

no pueden ser reemplazadas con cantos a la delincuencia y generación de falsos valores.

El artista debe estar a favor de la vida y por eso debe comprometerse con las palabras o símbolos que el arte proporciona para reconstruir esa historia del desastre que ha llegado a sus límites. El artista verdadero sufre con el dolor de las víctimas y no puede convivir con ninguna de las formas de violencia vengan de donde vengan. Las técnicas de la barbarie cambian en la historia del país más no quienes las han ejercido. Segun la vida de igual manera los machetes y bayonetas, las motosierras y los cilindros bomba. Los cortes de franela o los picadillos, los descuartizamientos o las mutilaciones son recibidas siempre por el más débil, por el campesino, el pescador, el pequeño comerciante, el indígena, el negro.

La palabra debe empezar a nombrar y a llenar los vacíos de la memoria, los baches de la historia. La palabra debe ser entregada a quienes han padecido, debe enfrentarse a los que han relatado adulteradamente la guerra. Las nuevas generaciones deben conocer los procesos del triste devenir del pasado y no la inmediatez del presente tamizado por los lenguajes mediáticos.

No somos asesinos, no es el destino el que nos ha marcado el sino doloroso que hemos sufrido. Nos han hecho asesinos, víctimas y victimarios. Quien carga la responsabilidad de una masacre, de un bombardeo, jamás repondrá su débil conciencia de permitirlo. Pero la palabra podrá reconciliarlo, quizá un día perdonarlo si ella permite que el dolor se llene aunque jamás se complete. Tendremos algún día que hacer los duelos que nos han quitado los gobiernos, los duelos que nos han quitado nuestros vecinos y familiares cuando han sido permeados por la guerra, convertidos en victimarios, sicarios, fusileros de jefes advenedizos y voraces.

Los peores crímenes son los que ejerce el Estado contra los indefensos con los ejércitos, cons-

tituidos para la defensa de los ciudadanos, en alianza con criminales. Y la palabra debe señalar no tanto desde la denuncia y la significación del horror sino desde el despojo de nuestros afectos porque los sanguinarios no merecen ni siquiera el mal recuerdo de las ejecuciones.

La historia de Colombia esta siendo lentamente anudada, remendada, y todos tenemos la obligación de contribuir a recomponerla o por lo menos de saberla y digerirla si queremos tejer la verdadera memoria.

Muchos tenemos aún la suerte de estar vivos en un país donde morir de viejo es un privilegio, como un milagro haber sobrevivido. Basta con mirar despacio el dolor para darnos cuenta de que el estigma de la exterminación viene desde los tiempos arrasadores de La Conquista. Desde entonces los que sobrevivimos aprendemos a estar en el hilo de la muerte. Porque como reza el dicho popular, para morirnos sólo necesitamos estar vivos y, podríamos agregar, para morir más fácil, sólo necesitamos nacer en Colombia. Triste pero dolorosamente real. Hace años, un eminente intelectual de nuestro país dijo que el colombiano es: *biológicamente débil, fácilmente fatigable, más emprendedor que resistente, más alborotado que interesado en el conocimiento, más intuitivo y fantástico que inteligente, salta de una vez a las cumbres, más emotivo que pasional, más vanidoso que generoso, inconstante, imprudente, improvisor e iluso, adicto al licor*. La palabra usada como dominación.

Estigmatizados como brutos y atrasados. Y Borges manifestó que ser colombiano es un acto de fe. Y otros han dicho que somos biológicamente crueles y violentos, que provenimos de razas indígenas beligerantes y asesinas, que estamos preparados para matar. Si somos todo eso es porque tenemos en nosotros una cultura heredada de quienes han formado y manejado el país. La religión nos sembró el temor con la cruz, la espada y la palabra que castiga mientras el soldado español nos espoléó con sus armas de fuego. Los pijaos, indígenas del Tolima, por



Autor: Olga Lucia Poulhiac "Las Otras Huellas de la guerra"

ejemplo, al mando del cacique Calarcá, prefirieron exterminarse antes que entregarse al invasor. Así muchas narraciones que a veces se convierten en leyendas. Los letrados o alfabetos encabezaron las guerras de independencia y en las guerras civiles, los señores feudales conformaban sus propios ejércitos con peones y jornaleros de sus haciendas para tomarse el poder local o nacional. En medio de las contiendas, los colombianos del siglo XIX se alineaban en las filas del patrón y afilaban el machete para defender lo que no les pertenecía. Porque los colonizadores tumbaron monte con sus hacheros para dar progreso al país apropiándose de las tierras mientras la iglesia hacía lo mismo con los ejidos, los que después llamarían bienes de manos muertas. Así se forma la clase que luego propiciaría las guerras y formaría a sus peones soldados, peones

combatientes en el odio esgrimiendo la militancia en partidos políticos que los libertadores incentivaron pero que después los propietarios normatizaron y establecieron para organizar mejor el poder desde la fachada de la democracia. Y todavía se oyen historias, muchos alcanzamos a vivirlas, donde más de 300.000 colombianos se dieron machete y plomo en la violencia de los 50s. Y los ríos de Colombia se convirtieron en tumbas, bajo sus aguas está la palabra de los desaparecidos a los que hay que otorgarles la belleza de la poesía, el doloroso don de la vida desde la muerte. La literatura de los escritores llamados hijos de la violencia, fue silenciada, sus autores invisibilizados, sus textos rechazados por las grandes editoriales y por comentaristas y reseñadores de libros. Con el pueril argumento de que los lectores estaban cansados con la literatura

de la violencia, la guerra continuó y el tema llenó después vitrinas con novelas asépticas frente al contexto histórico.

Y el indefenso ve cómo la muerte campea y la memoria se borra porque morir es tan común como vivir, porque olvidar es tan común como desaparecer.

La cultura de la guerra como la del dinero fácil nos ha hecho como somos. Y el juicio de la historia, que tantas sociedades más civilizadas hacen a los asesinos instructores de la muerte, a Colombia no llega aún. Duele saber que personajes de gobiernos recientes del país, tienen voz, voto y veto cuando en sus pesadillas los centenares de muertos evitables pasan por sus negras noches mientras en los días se pasean por los salones de la cultura hablando de humanismo y poesía. Irrespeto no sólo con la memoria anónima sino con la vida y los dolientes, que somos todos los que aún nos queda por lo menos vergüenza. Ojalá llegue un día en el que nuevas generaciones de colombianos, sin venganzas ni rencores (como los tenemos ahora) propicien el juicio de responsabilidades a esos hacedores de la guerra. No para condenarlos a prisión sino al olvido, al silencio y al desprecio. Y que la palabra renazca de las cenizas para dar nuevos cuerpos a los desperdigados por el olvido. Por eso hay que hablar de la palabra y el duelo que nos saca de muy adentro las ganas de dar ese grito que seguramente nos lo ahogarán con los métodos que persuasiva o directamente practican los que hacen parte del ejercicio de la tergiversación y de las interpretaciones amañadas. Sólo las mujeres solitarias que rescatan cadáveres para hacerlos suyos tienen en sus manos y sus corazones la verdad de lo que somos y de los que nos han hecho. Las amorosas mujeres colombianas que todo lo han sufrido y que, seguramente, todo lo perdonarán. El hombre podrá ser derrotado pero jamás vencido en su esencia.

Hay algo que alimenta la esperanza, que aviva el sentimiento de saber que estando vivos podemos disfrutar lo poco que nos dejan: la palabra, la poesía, el arte y el humanismo, las utopías que nos quedan. Los sueños que no pueden borrar como los otros que tuvieron nuestros padres y abuelos.

El que calla otorga, dice la gente cuando la palabra enmudece. El que calla amordaza, el que no permite la palabra también es cómplice del delito, el que no llama a sus desaparecidos pierde el sentido de vivir entre los demás, porque detrás de los silencios hay una familia que busca y otra que se alía con los que la han desaparecido. Los desaparecidos y los reencontrados seremos todos.

*“Nuestros muertos
no están en parte alguna,
ya son hierba, estrellas,
pero su sombra enturbia las palabras
y sólo a veces pasan por la mente,
vagan por nuestras almas, reclamando
lo que nunca les dimos”*

(William Ospina, La Luna y el Dragón)

Hay que dar la palabra a los ríos, al viento, a los árboles, a la tierra sembrada con restos implorantes, a la lluvia, a las plantaciones y a los socavones, a las flores y a los amaneceres porque todos tienen un fragmento de dolor que contarle a la memoria.

El lenguaje como víctima de la guerra

Por: Víctor Guerrero Apráez

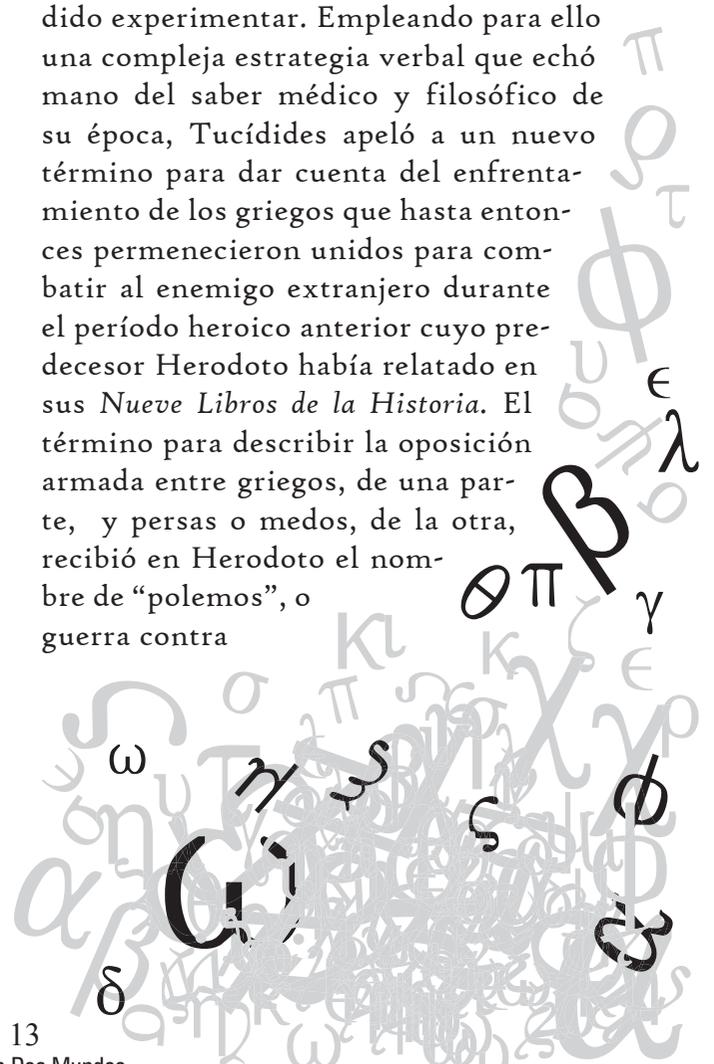
Profesor de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
Pontificia Universidad Javeriana

Entre las múltiples fracturas y descenramientos que la guerra conlleva quizá uno con frecuencia desapercibido y difícilmente asible sea el socavamiento a que el lenguaje se ve sometido durante la existencia de aquella. Ciertamente el hecho de que la conocida frase, según la cual, la primera víctima de la guerra es la verdad, se haya vuelto un cierto lugar común en los análisis académicos y la información periodística, no hace más que confirmar la carencia de su carácter crítico. Incluso, pese a su extendida popularidad, hay incertidumbre respecto de su autor, cuyo espectro de posibles autores reúne a Rudyard Kipling premio Nobel de literatura e insigne poeta de los fastos del imperialismo inglés hasta generales y estrategas como Winston Churchill y Liddel Hart.

Lo interesante de este pasar de largo respecto de la materialidad del lenguaje estriba en una serie de al menos dos circunstancias cuya inmensa distancia cronológica y profundas repercusiones en nuestra actual comprensión o incompreensión de la guerra tienen como aspecto central justamente la precarización de la lengua en los tiempos de guerra civil.

La primera de ellas es el singular tratamiento que el primer historiador y analista del fenómeno de la guerra hiciera en los albores de la civilización occidental, y el tipo de examen que en la lacerante realidad del presente, dos de los más lúcidos pensadores intentan efectuar sobre ella para desentrañar el sentido de nuestro joven y fatigado tercer milenio.

En su célebre Guerra del Peloponeso redactada en las postrimerías del siglo V a.c, el historiador Tucídides realizó la primera y para muchos todavía insuperada indagación explicativa acerca de las posibles causas que condujeron a las devastadoras contiendas militares desencadenadas entre Atenas y Esparta. Contemporáneo suyo y protagonista en algunos de sus episodios, Tucídides se dio a la tarea de dejar un testimonio explicativo a las generaciones posteriores de los terribles hechos que le había correspondido experimentar. Empleando para ello una compleja estrategia verbal que echó mano del saber médico y filosófico de su época, Tucídides apeló a un nuevo término para dar cuenta del enfrentamiento de los griegos que hasta entonces permanecieron unidos para combatir al enemigo extranjero durante el período heroico anterior cuyo predecesor Herodoto había relatado en sus *Nueve Libros de la Historia*. El término para describir la oposición armada entre griegos, de una parte, y persas o medos, de la otra, recibió en Herodoto el nombre de “polemos”, o guerra contra



un enemigo distinto o exterior. La innovación lingüística de Tucídides para referirse a la confrontación armada que opuso a los propios griegos entre sí fue la de “stasis”, que significa división o escisión de lo que hasta entonces permanecía unido.

De esta manera la lengua griega se sirvió de dos términos nominalmente distintos para referirse a la guerra contra el adversario exterior y a la guerra al interior del propio cuerpo social. A partir de tal distinción, la descripción de los sucesos políticos y militares que llevaron al desencadenamiento de la guerra interna, vista como la inevitable colisión entre la expansión de Atenas que desafió la antigua primacía espartana, ofrece un minucioso examen de las transformaciones que las palabras empleadas por los actores estratégicos sufren a manos de sus respectivos intereses y propósitos. Los “logoi” comienzan a ser empleados de una manera en la que sus sentidos originales se modifican de manera sutil pero sistemática. Las apelaciones a la serenidad y la ponderación son interpretadas como expresiones de cobardía; los llamados a la conciliación y la prudencia son apreciados como muestra de debilidad y falta de hombría; las exigencias de diálogo y clemencia se juzgan como síntomas de traición o ausencia de patriotismo.

La sustancia de las palabras empieza a vaciarse de sus referentes originales y comunes, el sentido del idioma se galvaniza en un impuesto nuevo horizonte de comprensión dominado por la pugnacidad, la lengua común se carga de una atmósfera de tensión que conduce a la inversión de los signos.

Hay una suerte de efecto babélico no en relación de las diferentes lenguas entre sí sino al interior de la propia lengua que hasta entonces fuera común. Tucídides rastrea esos cambios de significación en los discursos de los oradores, en las intervenciones públicas sostenidas en las asambleas, en las alegaciones de los negociado-

res y diplomáticos, en las declaraciones de los líderes políticos. Es la hora caliente y sombría de los demagogos, instruidos en la escuela sofista para servirse de la retórica que convierte al lenguaje en un instrumento para la manipulación de las emociones en una deliberada búsqueda del efecto y la apariencia.

Las conversaciones se rompen, las negociaciones se vuelven imposibles ante el argumento extremo de la fuerza y el miedo. La “stasis” se expande y se profundiza, las expediciones punitivas y preventivas contra aliados vacilantes o posibles traidores se multiplican; los ejemplos aleccionadores de fuerza contra las polis estratégicamente útiles se tornan metódicos. Como una prolongación corporal de este estado de cosas, la peste brota en los muros de Atenas y diezma la otrora altiva polis que ha inventado la democracia como su más perdurable legado político. Resulta muy interesante que la primera descripción de la guerra civil en la historia tenga como trasfondo la peste. Más allá de su estatuto de consecuencia ante la catastrófica situación sanitaria de la polis sitiada, este trastorno sistemático de los ciclos naturales del nacer y la muerte aparejado a la indistinción entre el enfermo y el sano, se convierte en la metáfora apropiada para dar cuenta de la guerra civil, a la cual echa mano Tucídides. Una vez sueltos los goznes del lenguaje que alguna vez sirvieron para mantener los pilares del “oikos” griego, la división se acentúa, el “bellum internecinum” como la llamaran los latinos se extiende hasta la lejana Sicilia en la funesta invasión en la que los demagogos atenienses terminan por embarcar persuasivamente a sus conciudadanos, como expediente extremo para conjurar la situación. Este soltar los goznes se acompañó en el caso de las Guerras del Peloponeso de un progresivo colapso de las restricciones rituales que con algún éxito los griegos habían logrado poner a punto en su gran guerra heroica contra el invasor despótico venido del Oriente. La prohibición del combate nocturno cedió paso a las incursiones bajo las sombras de la noche y no a la claridad de la luz más intensa del Me-

diterráneo; la elección de la llanura donde debían enfrentarse los adversarios dio lugar a los ataques traicioneros; la toma de prisioneros fue reemplazada por masacres de pobladores y su desarraigo implacable. Ya no fue posible que el antiguo “polemos” descrito por el viejo Herodoto pudiera reconocerse en la “stasis” de su continuador Tucídides. Tras media centuria de guerras intestinas todo el mundo griego terminó por colapsar.

Si el lenguaje es la casa del hombre según la célebre sentencia de Heidegger Tucídides ya había dictaminado que durante la “stasis” esa casa se encuentra habitada por la peste, es una casa pestífera, donde contenido y expresión se han disociado para siempre, donde la apariencia enseña lo que no es y la realidad ya no se encuentra señalada en las palabras. La convergencia de las palabras y las cosas, esa espesa y profunda relación donde se juega el proyecto de lo humano, queda astillada en innumerables fragmentos. Se arriba a la situación en la cual “el lenguaje es la guerra que se libra por otros medios” cuyos efectos se deslizan hasta los lugares más recónditos y los ámbitos más capilares. La torsión ejercida sobre el lenguaje torna casi imposible toda evasión pues se trataría de alejarse a través del hundimiento en sus entrañas. Como lo señalara en su lección inaugural en el Colegio de Francia Roland Barthes, ¿cómo sería posible escapar de las fauces del lenguaje si para ello es inevitable recurrir a su empleo? Lo que está en juego es la misma posibilidad de recuperar en situaciones como esta la potencia comunicativa del lenguaje entre los hombres. Y desde entonces, el arte y la filosofía, esas “hijas del caos” como las llamara Deleuze, no han cesado de recurrir a nuevas invenciones y extrañas estrategias para recuperar la capacidad del lenguaje y escapar a la muerte del lenguaje como víctima privilegiada de la guerra.

Desde el lejano precedente griego hasta las entrañas más actuales del presente el colapso del lenguaje originario o la pestilencia del idioma inoculada por la guerra no han conocido, al

igual que esta, interrupción incansable, dramáticamente en ese enfrentamiento por parte de las más variadas estrategias desde el arte hasta la filosofía, o viceversa. Ya el mismo Platón, que concibe la gran aventura del pensamiento a través de la metafísica en medio de los terribles episodios bélicos del declinar de Atenas, intenta la salida de la caverna de las sombras equívocas que danzan el aquelarre de la guerra para ascender hasta la esencia unívoca de las esencias ideales. Para ello libra una lucha a muerte contra los sofistas a quienes vence y denuesta sin cesar en sus diálogos, cuyas palabras extraviarían tantas veces a la misma ciudad de su conciudadano Tucídides. Ese universo immaculado de arquetipos liberados de la apariencia y el engaño son el fondo, la primera gran tentativa por confrontar la lengua enferma inventando un nuevo lenguaje filosófico. Lo radical de su intento sólo puede cabalmente entenderse sobre el trasfondo de la decisión pública de ajusticiar a Sócrates, su maestro, en medio de los paroxismos verbales que la guerra indujo en la asamblea popular de la mano de las astucias verbales de los demagogos. De cuyos excesos y virulencias tanto maestro como discípulo fueran testigos presenciales. Y aquel, víctima inmortal. Un impulso análogo por alcanzar esa prístina y mítica coincidencia del lenguaje con las cosas late en cada filósofo, justamente apelando a otros horizontes de sentido, a inéditas creaciones conceptuales que colocan las palabras patas arriba, el pensamiento renueva la tarea de recobrar ese afuera más allá de las perversiones lingüísticas.

Por ello adquiere una singular dimensión la tentativa que cerca de dos milenios después emprendiera un filósofo como Heidegger por encontrar de nuevo eso que llamara el clamor del ser, luego de tantas capitulaciones y desvaríos del pensamiento. Heidegger imputa a Platón justamente aquello que este creyera superar con su propia obra: haber producido el olvido del ser con sus arquetipos ideales degradando su plenitud al imperio degradado de la técnica y el ente. Para superar la metafísica debe volver-

se a los presocráticos y demolerse los laberintos como la fenomenología el repudio de su maestro Husserl y la herencia ilustrada del Kantismo su polémica feroz contra Cassirer. Pero cuando Heidegger mire el presente no podrá escapar a su vez de la seducción de las sombras nacionalsocialistas pese a los nuevos horizontes y senderos que su meditación ha abierto. Cada época, cada coyuntura luego de la guerra y en medio de ella enfrenta el mismo desafío detectado por Tucídides, trampas más sinuosas, laberintos más complejos por donde la mentira y la falsedad se metamorfosean, corrupciones del lenguaje más insidiosas y sutiles, mecanismos más vastos y globalizados puestos a punto para inducir la peste permanente de la lengua y la pérdida de todo posible entendimiento. Pero frente a ello, la capacidad de resistencia es también infinita y persistente. Cada período de destrucción y engeguimiento engendra resistencias, nuevas creaciones donde parecía imperar la conformidad y la redundancia nominativa de los supuestos vencedores, el olvido de las atrocidades y la obligación de no recordar lo dejado como huella en la memoria, donde la muerte del lenguaje siempre pretende consumarse.

El desafío del arte y la poesía es semejante, repeler el clisé, renovar el sentido, dasarsirse de la convención, reinventarse de continuo, crear el mundo de nuevo, labrar una sobrenaturaleza como decía Lezama Lima, labrar palabras nuevas a partir de fragmentos de otras lenguas, aun a riesgo de la incomprendibilidad, como en Celan, para que de nuevo pueda el hombre reconstruir la casa que le ha sido dada en el lenguaje.

Quizá sea la pintura la que nos proporcione hoy el más dramático pero también maravilloso testimonio de esta milenaria confrontación entre los poderes pestíferos de la guerra y la verdad del arte. En la primavera del 2003 el secretario de defensa norteamericano Colin Powell acudió a la sede de Naciones Unidas en la primera Avenida con calle 43 de Nueva York para mostrar

ante el Consejo de Seguridad en sesión secreta las pruebas fehacientes e inequívocas de la posesión de armas de destrucción masiva por parte del régimen de Hussein en Iraq. Escogieron esa época del año porque las tormentas de arena en la cuenca del Tigris y el Éufrates amainan con la entrada de la primavera y el despliegue de tropas y comunicaciones se ven expuestas a riesgos menores. Terminada la reunión, los acuciosos periodistas y encargados del protocolo dispusieron la amplia sala contigua al recinto del Consejo de Seguridad para que el flamante funcionario uno de los punteros en el top ten de los poderosos del momento hiciera el anuncio de lo demostrado ante un temeroso mundo occidental y presentara la decisión de invadir Iraq. Cuando la conferencia de prensa estaba a punto de iniciarse alguien cayó en cuenta que la pared de fondo contra la cual estaba dispuesta la mesa de los funcionarios estaba cubierta por el “Guernica” de Picasso. En 1973 la célebre pintura del artista catalán, que plasmó la tragedia del implacable bombardeo de la Legión Cóndor contra la indefensa ciudad vasca, había arribado en su primera salida de España al museo Guggenheim de Nueva York y una réplica tamaño natural quedó en la sede de la ONU. El gran grito humano en el instante de la absoluta deshumanización por parte del victimario invisible, que es el motivo de la obra, estaba pues como telón de fondo impensado del anuncio de su repetición en los albores del tercer milenio postcristiano. El ceremonial de la criminal mentira consensuada que el gobierno Bush montaba ante los ojos del mundo no soportó, en el parpadeo de un instante, la presencia de “Guernica”. Y entonces algo se cortocircuitó en ese imponente ritual del poder imperial más aplastante de la historia. Algo hizo insostenible su puesta en escena. Tuvo que interrumpirse la ceremonia, aplazarse la transmisión, ajustarse las corbatas, retrasarse por minutos el enlace de las cadenas televisivas, mientras se impartía la orden a los auxiliares por el jefe de etiqueta para que “Guernica” fuera retirada. Y solo entonces, cuando la invencible verdad de la obra de arte hubo sido cubierta, velada,

tapada, la ceremonia pudo continuar. Jamás el poder se sintió tan desnudo en su mentira ante la verdad del arte.

La segunda circunstancia a la que se hace referencia se encuentra en un ámbito del todo diferente. Esta condición inherente al lenguaje como víctima de la guerra se trasunta de manera especialmente reveladora en el campo de la reflexión política y de las mismas ciencias políticas. La condición preeminente por su influencia y la lucidez de la que dan cuenta dos pensadores como Noam Chomsky y Tzvetan Todorov en el paisaje intelectual contemporáneo son sintomáticos de esta condición. Dos de los analistas políticos de mayor reconocimiento e influencia no pertenecen a la ortodoxia disciplinar y científica. Se trata, de un lingüista y un semiólogo, respectivamente, es decir, de quienes con singular lucidez han perforado justamente eso que Tucídides llamara la instrumentalización de las palabras. En el corazón de la mega máquina comunicacional que impone hoy la mentira universal en el mundo del consenso han sido quienes se han ocupado de develar y perforar las torsiones semánticas, impidiendo la generalización de la mentira. De una extraña manera la capacidad develadora de la política no ha quedado en las manos de los científicos políticos sino de los lingüistas convertidos en

politólogos para renovar la capacidad del lenguaje e impedir con ello, una vez más, la consumación de su asesinato por la guerra.



Llanura de Tuluá*
Fernando Charry Lara

Al borde del camino, los dos cuerpos
Uno junto del otro,
Desde lejos parecen amarse.

Un hombre y una muchacha, delgadas
Formas cálidas
Tendidas en la hierba, devorándose.

Estrechamente enlazando sus cinturas
Aquellos brazos jóvenes,

Se piensa:

Søñarán entregadas sus dos bocas,
Sus silencios, sus manos, sus miradas.

Mas no hay beso, sino el viento
Sino el aire
Seco del verano sin movimiento.

Uno junto del otro están caídos,
Muertos,
Al borde del camino, los dos cuerpos.

Debieron ser esbeltas sus dos sombras
De languidez
Adorándose en la tarde.

Y debieron ser terribles sus dos rostros
Frente a las
Amenazas y relámpagos.

Son cuerpos que son piedra, que son nada,
Son cuerpos de mentira, mutilados,

De su suerte ignorantes, de su muerte,
Y ahora, ya de cerca contemplados,
Ocasión de voraces negras aves.

*Tomado de: Llama de amor viva, Fernando Charry Lara. Ed. Procultura, Bogotá, 1986. p.77

Emergencias sociales, urgencias de la comunicación

El desplazamiento de lo importante

Por: *Gustavo Cimadevilla*
Universidad Nacional de Río Cuarto - Argentina

El concepto de urgencia y lo urgente suele referenciar y resumir en buena parte lo que nos ha venido pasando en la última década. Si lo urgente remite a lo perentorio, a lo que requiere de una acción inmediata; si en su raíz latina lo urgente se conecta con *urgere* que supone activar, apresurar y empujar, mucho de lo que nos ha estado pasando en el continente conlleva a su significado y a una serie de imágenes que lo evocan.

Esas imágenes a menudo incluyen fuerza, violencia, indignidad, desafección. En la mayoría de los casos, sufrimiento y desgarró, desborde, pero también falta de previsión, de capacidad de respuesta y de articulaciones suficientes para enfrentar las consecuencias. En su versión de defecto, tienden a habilitar la acción inconsulta, la facultad para hacer sin opciones, cancelando normativas, derechos, muchas veces cancelando sueños.

En ese orden de sucesos hemos estado preocupados en los últimos años por la gobernabilidad de nuestras sociedades y Estados; en muchos de los casos, hemos estado suponiendo que los lazos institucionales y sociales estaban quebrados y que lo social, por tanto, colapsaba. Estados paralelos, por la falta de legitimidad o por la acción mafiosa del narcotráfico o los business-tráficos, sociedades fragmentadas en lo político y en lo histórico, sociedades divididas por los personalismos, sociedades lastimadas por el apetito de poder en sus diversas formas y egoísmos se incluyen en ese diagnóstico.

Así, hemos vivido crisis económico-políticas como nunca antes se habían presentado en estas latitudes. Hemos presenciado contrastes severos entre lo que

los escenarios de la riqueza ocultan y los de la pobreza desnudan, sin trazos de continuidad. Hemos presenciado enfrentamientos de magnitud entre fracciones que en nombre de la libertad o de la igualdad deciden tomar las armas o actitudes extremas.

Hemos conocido la intolerancia en sus diversas formas, estilos y ropajes. Hemos vivenciado, también, la problemática del cambio climático ya no como augurio, sino como manifestación concreta de agotamiento y estrés del mundo agobiado por la acción humana. Hemos visto empresas explotadoras de recursos primarios lanzar publicidades exitosas acerca de su responsabilidad y ética ecológica al tiempo que en sus fábricas la historia que se escribe con la mano, la borra con el codo la retórica de los pronunciamientos. Hemos discutido, diseñado y criticado campañas de difusión para prevenir y alertar a nuestros coterráneos acerca de cómo sobrevivir mejor en un mundo cargado de incertidumbres y de riesgos que se repiten. Hemos visto una prensa y un sistema de medios preocupados y poco ocupados, complacientes o indiferentes y pocas veces comprometidos. Pero si en algo nos cabe reparar, es que asistimos a esas urgencias desmanteladas de sus propias emergencias, de sus razones primeras, de sus antecedentes de origen, de sus causas denunciadas y de sus causas acalladas.

Así lo urgente desplazó lo emergente. La radicalidad de la urgencia menospreció la emergencia. Lo que está siempre emergiendo y sumergiéndose como parte de un mismo proceso pendular enquistado.

La tesis en estas líneas amerita sentarlo desde un principio es que no hay urgencias sin emergencias

ni emergencias sin las agencias humanas que las protagonizan y edifican. Vale la pena, entonces, repasar lo que sus conexiones alumbran para entender mejor lo que nos pasa, para pensar la comunicación y sus actores; para pensar, sin reparos, en nosotros mismos.

Emerger, aparecer, ser

La emergencia se materializa sólo en aquello que aparece y requiere la atención inmediata. Constituida como tal, se mide entonces con otros tiempos: el de la perentoriedad. En ese lapso el movimiento dialéctico resulta sutil. Lo que emerge y sale a la superficie encuentra en su vocablo de origen emergent *emergere* también a su opuesto. En ese caso el prefijo se suma a *emergere* y evoca el *sumergere*. El hundirse y ocultarse. Así, lo que aparece y desaparece acusa ambigüedad, confunde, distrae, opaca, entretiene pero no atiende ni repara lo sustantivo. Más bien convive en los tiempos largos manifestándose de vez en vez. Cuando aparece exige atención. Cuando se sumerge se olvida. Se vuelve parte oculta del escenario; se fetichiza, aunque conserve las raíces de su propia existencia. Pero si la urgencia resulta visible siempre, la emergencia sólo lo es al constituirse en extremo.

De ese modo, reconocer lo urgente requeriría asumir su condición de consecuencia; en su sentido concreto, de producto de la agencia humana que la genera, aunque en su devenir no se haga cargo. Quizás porque para convivir con la raíz de la emergencia que la desata la solución aliviadora es la que niega. Busca respiro. Sólo se preocupa y ocupa de tiempo en tiempo. No a tiempo. Para eso está la urgencia, la manifestación radical que incomoda, golpea emocionalmente por lo que provoca, golpea racionalmente por lo que implica; aun cuando la conciencia acerca de su origen remita a lo desatendido y oculto, a lo obviado

o ignorado por un largo listado de razones de incomodidades e intereses.

Condenados a la urgencia para constituirnos en actuales, nos deshumanizamos entonces ante la emergencia que nos desnuda en nuestra intimidad haragana y conveniente.

La comunicación urgente

La comunicación que conocemos. La comunicación de una sociedad saturada de mediaciones no podría ser sino urgente. Si la oralidad sigue presente en bastos territorios de nuestro mapa; si las señales no son pocas, si los códigos de las miradas, los gestos y las expresiones espontáneas están por doquier y la interacción personal nos rodea, la suma de sus trajinares cotidianos no alcanza a desplegar la magnitud con la que el sistema de medios se hace presente sobre las urgencias. Así las emergencias se vinculan a los registros de las sensibilidades y por ello no se copian. Navegan en los recuerdos que la subjetividad capta y almacena pero no pueden idénticamente reproducirse ni ampliarse. Las urgencias, en tanto, poseen registros duros, intercambiables, actualizables, testimonios intactos en papel, emulsiones, cintas y bytes; siempre disponibles. Por tanto, la perentoriedad de la urgencia puede congelarse y persistir en los dispositivos de uso mediático, mientras la emergencia sólo se graba en la memoria individual.



Autor: Rafael Serrano Muñoz, "Cestillo con periódicos rotos" Óleo sobre lienzo

Es que la modernidad no sólo se concibió y cultivó como compleja sobrepasando las posibilidades sobre las probabilidades, sino que también generó dispositivos para reproducirse a sí misma como urgencia. El sistema de medios es una de sus maquinarias preferidas. Por él pasa, se decanta, construye y vivifica la realidad que le da sustento y en la que se materializa. Desde la imprenta hasta la sofisticación digital de las redes, esos dispositivos llegaron para superarse técnicamente en una espiral creciente. Cada vez procesando y transmitiendo mayor cantidad de información; cada vez procesando y transmitiendo con mayor velocidad de emisión y circulación y para una mayor cantidad de puertos.

La comunicación en ese plano no podría ser sino urgente. Urgencia de números, espacios, temas y conexiones. Lo instantáneo y lo urgente sobrepasando a la emergencia y la importancia.

Estar ahí, en el momento justo. Con la imagen cruda, con el relato desgarrado, con la impronta de ser primeros. Con la urgencia de la comunicación no meditada, para dar lugar a otra comunicación igualmente perentoria. No importa el inicio y el fin de la trama, importa el pasaje, el acto, el evento libre de historicidad y complicaciones de causas.

Tres raíces ayudan a entender tanta prisa. La modernidad de las reglas para los movimientos y los intercambios toma distancia de las tradiciones quietas, de los valores puros y los afectos eternos. En su fluir se realiza. Crea y descrea al mismo tiempo. No sabe de emergencias, lo permanente la agobia, obstaculiza y denuncia. Lo oculto la incomoda, la provoca de más. Prefiere la novedad y por eso innova. Hace un culto del transgredir porque en el cambio se reconoce. La modernidad no podría ser sino urgente. Sus máquinas de comunicar le son fieles. Funcionalmente perfectas, técnicamente adorables. Reemplazan al creador creando, no importa qué. En ese punto se ubica la segunda razón. El sistema de medios y las máquinas de comunicar siguieron el recorrido que las tecnologías del extender —

decir de McLuhan— propusieron. Y en la carrera por procesar y ofrecer más y más información se perfeccionaron en la cantidad y en la velocidad. Los primeros esbozos sistematizadores del campo dan prueba formal de esas preocupaciones. La teoría matemática de la información nació al empuje por discriminar con eficiencia los valores de los códigos, no sus significados. Su problema era la eficiencia de las transmisiones de x decodificados en y . Los significados eran preocupaciones de otro orden, no de los desarrollos por cuidar las medidas de equis probabilidad de los hechos en la fuente, a decir de Shannon. Su problema, entonces, era la urgencia, no la emergencia. Era una cuestión de perentoriedad, no de entendimientos e interpretaciones, sino de decodificaciones salvadas de error. De medidas de x emitidos y de medidas de y recibidos.

Pero lo que limita la teoría de la información —sostiene Wolf¹— no sólo es su acepción del concepto código (sintaxis interna de la secuencia de señales frente a correlación entre elementos de sistemas distintos), sino su “evacuación sistemática de la dimensión relativa a la significación” que involucra todo intercambio simbólico. Todo intercambio social convenido. Entre dos tradiciones que piensan el fenómeno comunicativo —como transferencia de información entre dos polos o la transformación de un sistema en otro—, a decir de Eco², la teoría de la información opta por la primera. De esta forma su enfoque y su estudio está “cada vez más atento a la forma de la expresión bajo su aspecto de señal física...” No son los entendimientos los que importan. No hay necesidad de esfuerzos en el acuerdo ni en el compartir. Sólo en la equis probabilidad del recibir.

Claro que las máquinas de comunicar ofrecen también una tercera y fuerte razón para definirse por lo urgente. Su operatividad no es abstracta. Sus dispositivos no son casuísticos ni atemporales. Sus acciones están concretamente situadas en mercados para los cuales compiten.

Se presentan, proyectan y sostienen en la medida que captan públicos que las legitiman. No importa cómo.

1. Wolf, Mauro. La investigación de la Comunicación de Masas, Barcelona, Paidós, 1987.

2. Eco, Umberto. Estetica e teoria dell'informazione, Milan, Bompiani; 1972. pág.26.

No importa con qué. Las audiencias son su droga cotidiana. Su dependencia es total. No hay máquinas de comunicar sin públicos. No al menos cuando es la economía de su actuación la que define su existencia. De ese modo el sistema no sabe de emergencias, a no ser para tratarlas en su forma radical, como puras urgencias.

El público lo pide, la rutina lo confirma, la gerencia lo aprueba. Lo urgente calma a las fieras de la recepción en espera. De la latente voluntad por conocer lo último, no lo importante. No lo que ya se conoce por enquistado. Soportar lo conocido se vuelve una carga impiadosa para las conciencias. La novedad en cambio trae la liberación del por conocer. De la imposibilidad de hacerse cargo de lo que se ignora. Las máquinas de comunicar lo saben; la urgencia es totalmente liberadora. No hay ambigüedades, solo certezas de superficie que no se conectan con las emergencias. Apenas llegan ya se suplantán por otras. La perentoriedad no da tregua para llegar a las raíces, a las asociaciones con los emergentes y sumergentes.

La confusión adrede: lo último es lo que importa, termina esclareciendo las ambigüedades. Lo resuelve todo en titulares, en flashes noticiosos, en imágenes vertiginosas captadas en tiempo real. La urgencia es dramática y los dramas requieren urgencia. La ecuación es perfecta, incontestable, históricamente válida, socialmente relevante, estéticamente recomendable, rutinariamente segmentada.

Al deporte puede seguirle la política y a la política una de policiales. La nota de color puede anteceder a internacionales y las nacionales a los reclamos de un barrio. Música, textos o cambios de ángulos marcan ritmos de continuidades coladas. Lo urgente llama. Lo urgente no sabe de otra cosa que de transmitir novedades.

Lo importante y sus desplazamientos

La contracara de la perentoriedad, no obstante, también se retrata. Pero sólo cuenta y se materializa en la suma de sus urgencias, que por falta de tiempo no remiten a sus emergencias. Tratarlas implicaría desnudar a la agencia humana en sus causas, a las acciones concretas y cotidianas que le dieron, dan y darán

forma; importantes, sólo si se vuelven urgentes, sólo válidas en sus manifestaciones de radicalidad.

No son la pobreza, la miseria, la enajenación que provocan los vicios o las guerras las que importan sino, en todo caso, los actos que trascienden los límites de su previsibilidad. Así, lo urgente es, en ese sentido, consecuencia de la agencia que lo denuncia y valora como tal, incluso por encima de su propia sustancialidad.

En esa operación la comunicación se vuelve agente. Y el agente opera siempre en nombre de otros. Su responsabilidad opera con el seguro de sentirse ajeno: observa, selecciona, demarca lo urgente como “importante”, a salvo de cualquier emergencia. A salvo de cualquier responsabilidad cotidiana de hacer emerger o sumergir lo que es real en sus permanencias. Si lo hace es sólo a costa de tratarlo como perentorio, excepcional, exclusivo.

En un texto reciente Dominique Wolton³ se dedica a problematizar lo que a su entender es una consecuencia del avance técnico y el incremento de las nuevas tecnologías que redujeron fronteras y acortaron distancias físicas, pero también pusieron en peligro la comunicación, en tanto ella puede ser entendida como un componente esencial de las relaciones sociales y políticas. En definitiva, es una consecuencia de los dispositivos que permiten el entendimiento, la convivencia y la procura de un porvenir colectivo.

Wolton plantea que la actual fase de globalización se constituye en una realidad técnica a la espera de un proyecto político humanista. La inconmensurable tarea que está por delante es reformular los conceptos que orientan algunas de las confusiones vigentes: a) la de valorar las formas por encima de los contenidos; b) la de valorar la velocidad por encima de la sustancialidad; y/o c) a la virtualidad por encima de la pura realidad. La de confundir, en ese marco y en síntesis, la urgencia con la emergencia, o lo que es peor, obviar que toda urgencia no es otra cosa que una emergencia a la que fuimos/somos indiferentes, complacientes o descomprometidos.

Pero en ese plano vale reconocerlo los aportes no son pocos. Y al menos desearía referenciar tres:

3. Wolton, Dominique. *Salvemos la Comunicación*, Barcelona, Gedisa; 2005

El primero de ellos lleva más de medio siglo de haber sido postulado. Su autor merece seguramente un respeto a veces olvidado. Paul Lazarsfeld sostenía ya en los años cuarenta que al compás del crecimiento de las posibilidades para recibir flujos informativos la sociedad no sólo mejoraba su nivel de información, también podía confundir su satisfacción por saber con su satisfacción por actuar. La infinitud de la información disponible es evidente, pero la acción social organizada sigue constituyendo un desafío con capítulos inconclusos, advertía.

En esa línea un segundo aporte invaluable es el que ofrecieron los intelectuales críticos y el pensamiento desarrollado por el materialismo histórico. El planteamiento marxiano de la enajenación de las conciencias, de la fetichización de las mercaderías y del producto del trabajo humano que se diluye y confunde en los valores que se asignan en los intercambios, dan pistas para entender la fuerza de los actos de naturalización de los procesos sociales. Así, las emergencias, lo que aparece y desaparece, surge y se sumerge, pero encaja en lo probable, pierde su dimensión problemática, su provocación al cambio, su invitación a la agencia reparadora. Lo que resulta producto de una segunda naturaleza la naturaleza que resulta de la propia acción social que la formula se confunde con la primera, instala y ritualiza sin reservas ni prendarios. Sin observaciones de responsabilidades o formulaciones por cambiar. Las emergencias de ese tipo no son urgencias para destacar. Su ambigüedad de ser y no ser, hacerse visible o invisible permite su perdurabilidad desdramatizada. Y la comunicación urgente colabora, se hace cómplice. La naturalización de las emergencias no sabe de urgencias. Noticias son, desde esa perspectiva, claros dispositivos de naturalización, en la medida que recortan, simplifican y “alientan” al espectador o lector a comprender los fenómenos de una manera particular o a encerrarla diría Hartley⁴, en determinado marco ideológico.

Pero las máquinas no están solas. Por eso el problema o la confusión es compartida. Por eso también importan los públicos y sus demandas o silencios.

Finalmente un tercer aporte va al encuentro de esa articulación. Resulta imperioso observar que ambos planos en los que se producen y reproducen las confusiones también se integran. No sólo son las confusiones entre buscar información y ser partícipe, y entre considerar lo creado como natural, lo que incide en suponer a las urgencias como lo importante. Es en la articulación de ambas que se potencia la concepción de que lo real debe considerarse y coincidir con lo agendado, lo seleccionado, lo que gana visibilidad porque se considera perentorio.

Ya desde principios del siglo pasado el denominado movimiento emergentista sostenía que las propiedades o procesos de un sistema no son reducibles a las propiedades o procesos de sus partes. Dicho de otro modo, que las partes no explican el todo, ni sumadas con él se confunden; tampoco que se reducen a lo expuesto y visible, a lo urgente y superficial. Porque el todo las trasciende, las preguntas que buscan comprenderlo no pueden ser banales ni tampoco inconexas.

El emergentismo aplicado a la comunicación sugiere entonces renovar los interrogantes; invitar a que los interesados por la comunicación la salven rescatando lo importante, subrayando que lo urgente sigue estando en las propias emergencias, en la historia que le da sentido, en las agencias humanas que las anteceden y en las que le son consecuentes, en la comunicación de su entendimiento. En definitiva, en lo que nos puede constituir integralmente como humanos para que el día a día se viva como real, más que como una virtual y efímera ilusión de pantalla.

4. Citado en: O'Sullivan y otros, Conceptos clave en comunicación estudios culturales, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

Estereotipos sobre desplazamiento y el arte de preguntar*

Por: María Teresa Herrán

Analista de medios, Periodista y miembro de Medios para la Paz

En una de esas pausas que por fortuna nos da la vida me enteré, por un artículo de prensa, de la existencia de una Fundación llamada Banco de Tiempo, que propicia el voluntariado de profesionales. Así fue como trabajé en el 2005 durante seis meses, una mañana por semana, en la llamada entonces Unidad de Atención Inmediata a la Población en Situación de Desplazamiento del barrio Santafé de la ciudad de Bogotá. Me limité a dar consejos útiles sobre una manera más eficaz de comunicar, a las personas que durante varias horas permanecerían esperando turno para ser inscritas en el Registro Único de Población en Situación de Desplazamiento.

Así pude darme cuenta de la enorme distancia que había entre la realidad de esas personas que llegaban con su carga de angustias y problemas, y la percepción que por lo general se tenía de ellas a través de los medios de comunicación, en particular la radio y la televisión, que tienen un papel fundamental en la formación de imaginarios en la sociedad contemporánea.

Como miembro fundador de Medios para la Paz, ONG que ha jugado un papel muy dinámico en la formación de periodistas, le propuse a sus directivas un proyecto que buscara resolver estos desencuentros entre los medios y quienes son hoy desplazados, más de tres millones de colombianos. Así fue como lo que había sido una experiencia personal se concretó en la construcción colectiva por los propios periodistas y las percepciones mutuas entre periodistas y fuentes.

¿Qué son los estereotipos?

Los estereotipos son esquemas culturales preexistentes. Y si bien en las ciencias sociales se comenzó por considerarlos como esencialmente negativos, su estudio en relación con los medios masivos de comunicación refleja que son inevitables, esquematizan y encierran, y pueden ser, o bien negativos, o bien positivos.

Del estereotipo se pasa al prejuicio, una actitud cuyo contenido cargado de afectividad puede excluir o incluir a la persona, pueblo o situación.

Los psicólogos sociales norteamericanos han distinguido el componente cognitivo del estereotipo (por ejemplo, el estereotipo del negro), su componente afectivo (prejuicio y hostilidad o desconfianza) y el componente comportamental (discriminación del negro por el color de su piel).

Las escuelas psicosociales norteamericanas han profundizado en el estudio de los “estereotipos desvalorizantes” como una de las facetas de legitimación de los instrumentos de dominación, pero también los han reconocido en su aspecto positivo, como factor de cohesión social y constructor de identidad (Escuelas de cognición social, Leyens et al., 1996). En el caso de los medios masivos de comunicación “cuando tenemos en mente una imagen preestablecida que suscita una cierta expectativa, tenemos tendencia a seleccionar las informaciones nuevas que confirman esa expectativa” (Leyens et al., 1996).

*Ver Medios para la Paz, Manual “Cubrimiento periodístico del Desplazamiento Forzado Interno”, tercera Edición, junio del 2008, con el apoyo de ACNUR, USAID, OIM y la Unión Europea. Este artículo es un resumen, autorizado por Medios para La Paz, de los capítulos 2 y 3, de la autoría de María Teresa Herrán.



Autor: Donaldo Zuluaga "Las otras huellas de la guerra" 2001

Entender y reflexionar sobre el significado del estereotipo y del prejuicio nos permite abordar de una manera más desprevénida las situaciones del desplazamiento, como cualquier otro hecho social.

En los talleres de Medios para la Paz se hizo un ejercicio, mediante el cual se le preguntó a los periodistas: ¿Cómo cree usted que, por la acción de los medios de comunicación, se percibe a la población en situación de desplazamiento?

Entre las respuestas, se encontraron muchas más percepciones negativas que positivas en relación con la población en situación de desplazamiento (PSD). Los prejuicios negativos (pobre, mendigo, ladrón, etc.) se relacionan más con la desconfianza, a su vez, producto del individualismo de

la sociedad colombiana. Se colocó como prejuicio negativo "desempleado", como si la responsable del desempleo fuera la población en situación de desplazamiento. Algunos colocaron también como prejuicio negativo la palabra "víctimas", lo cual indicaría una connotación desvalorizante, y no que los sujetos han perdido sus derechos. Otros periodistas colocaron como percepciones positivas "desprotegidos", "víctimas" o "desterrados", que relacionan situación y pérdida de derechos. Sin embargo, un exceso en la victimización puede llevar a desvalorizar al individuo y su capacidad de salir adelante.

Como conclusión, se observó una mínima relación entre prejuicios valorizantes y los derechos humanos de la población en situación de desplazamiento. En unos pocos casos, el prejuicio no se pudo sintetizar en una palabra o acción, sino de manera descriptiva,

lo que refleja escasa capacidad de síntesis. Se percibe a la población en desplazamiento más como una “condición” que como una “situación”. “Desterrados” y “desprotegidos” fueron términos colocados tanto como percepción valorizante como desvalorizante. Alguien utilizó la expresión “desplazado gomelo”, como prejuicio desvalorizante lo que recalca cómo el estereotipo de desplazado se relaciona con estratos bajos y no con una persona a la que se le han vulnerado sus derechos humanos fundamentales. Las percepciones positivas aparecieron 91 veces y las negativas 324 veces.

Implicaciones de la palabra “desplazado”

Se comprobó también, en los talleres de percepciones recíprocas de fuentes y periodistas, que a la población en situación de desplazamiento la afecta que la traten como “desplazado” o “desplazada” porque refuerza sus sentimientos de exclusión, marginamiento y desvalorización por parte de la sociedad. Desde luego la ley 387 de 1997 utiliza en forma reiterada el término desplazado, y lo mismo sucede en las sentencias de la Corte Constitucional, y los documentos e informes de las diversas agencias de las Naciones Unidas.

Pero la responsabilidad del periodista en relación con los imaginarios sociales debe ir más allá de lo que la ley dispone o los documentos plasmen. Es una responsabilidad cultural y pedagógica que debe acompañar la redacción de la información.

En los distintos talleres, los periodistas y fuentes propusieron palabras sustitutivas. Podrían hacerse reparos a algunos de los términos considerados alternativos. Por ejemplo, destechados incluiría también a pobres históricos “sin techo”, no deben considerarse equivalentes a la población en situación de desplazamiento. En el caso de desarraigados, la condición de desarraigo no está necesariamente ligada con la expulsión violenta o la huida. Beneficiarios de la ley 387, al hacer énfasis en el beneficio, no resalta la violación de Derechos Humanos que ha hecho que se promulgue una ley para regular la atención a estas personas Desplazadas internos forzados, es tal vez el término que más resalta esta situación.

Forzados al desarraigo, es una variación interesante y útil. Personas en situación de desplazamiento (o de desplazamiento forzado) puede ser más largo, pero muestra el debido respeto por el hecho de que los “desplazados” no son extraterrestres, sino seres humanos igual al resto, con la misma dignidad. Y también destaca el carácter temporal, más no definitivo de las personas que tiene el desplazamiento. De todas maneras, es necesario evitar en los trabajos periodísticos cualquier tipo de estigmatización.

En busca de nuevos enfoques

Nuevos rumbos y enfoques pueden contribuir a entender mejor el problema del desplazamiento. ¿Qué sucede en las regiones de donde sale la población en situación de desplazamiento con los familiares que se quedan?; ¿Cómo reacciona la comunidad receptora y qué medidas preventivas son necesarias para evitar futuros choques?; ¿Cómo se logra la reestructuración de identidad de la población?; ¿Cuáles problemas psicológicos se presentan? ¿Cómo se supera el trauma psicológico? ¿Qué es la pérdida de autoestima? ¿Cómo canalizar positivamente la indignación y la amargura?; En estas nuevas situaciones ¿cómo se establece la autoridad, en particular en relación con los niños, niñas y jóvenes desvinculados del conflicto, más allá del chantaje de lo afectivo?; ¿Cómo enfocar el maltrato o el abuso sexual desde una perspectiva de género?; ¿Entiendo las sentencias, las leyes y los actos de la administración para proyectarlos en la realidad colombiana y en sus proyecciones económicas, psicosociales y de defensa de los derechos humanos?

El arte de preguntar y el arte de responder

Otro ejercicio que realicé en los talleres se refiere al “arte de preguntar y el arte de responder”. Permitted que tanto los periodistas como las fuentes tuvieran mejores percepciones mutuas, lo que no siempre sucede. Consistió en reunir a un grupo de periodistas y de fuentes, de tal manera que cada periodista tuviera la oportunidad de preguntar a una fuente, con derecho a contra preguntar, a veces por parte del mismo periodista, a veces por otro de los asistentes. No se trataba de una rueda de prensa, sino de un intento para conocer mejor las lógicas respectivas y las percepciones mutuas.

Se nombraron dos relatores de fuentes y dos de periodistas. Estos últimos transcribían de la manera más fiel posible cada pregunta y los relatores de las fuentes hacían un resumen de las respuestas para el análisis reflexivo conjunto de lo preguntado y de lo respondido.

En los distintos talleres participaron fuentes como: representantes de asociaciones de población en situación de desplazamiento, de la Red de Solidaridad Social (hoy Acción Social), de algunas ONG que trabajan con este sector, jefes de prensa de las regionales del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, de alcaldías y gobernaciones, Defensoría del Pueblo, consejeros y asesores de paz de alcaldías y gobernaciones, entre muchos otros.

Del ejercicio de reflexión surgieron algunas recomendaciones de periodistas y fuentes. Citaremos algunas: 1) rechazar el fatalismo, el “No hay nada que hacer”, una actitud frecuente tanto en fuentes como en periodistas y receptores. Por lo mismo, se deben evitar preguntas que induzcan respuestas generales negativas, o que propicien “respuestas de lamento”. 2) Hacer preguntas distintas a las que se refieren a la atención inmediata de la población en situación de desplazamiento. El énfasis de las preguntas asistenciales (mercados, cupos en las escuelas, salud) hace perder de vista las soluciones de fondo, como son la recuperación de las tierras y otras reparaciones, el esclarecimiento de la verdad, y la justicia. 3) Las preguntas abiertas son una oportunidad para que la fuente no detalle la manera como ha asumido sus responsabilidades. 4) Las preguntas no deben presumir que los interrogados son ignorantes, ni mucho menos ser irrespetuosas y deben garantizar su seguridad. 5) Preguntar con una perspectiva de derechos. En efecto, ni para el gobierno ni para la sociedad colombiana está muy claro que la población desplazada, además de víctima, es sujeto de derechos. Es responsabilidad del periodismo crear conciencia, a través de sus preguntas, de la necesidad de reparación y relacionar la situación de desplazamiento con los derechos humanos. 6) Investigar quiénes son los responsables del desplazamiento forzado. Los trabajos periodísticos que arman el rompecabezas del despla-

zamiento forzado, por qué y para qué se produce, han sido un aporte valioso para la sensibilización de la opinión pública. 7) El desplazamiento forzado tiene consecuencias distintas para los hombres y las mujeres, los jóvenes y los ancianos. Así, un enfoque de género puede proporcionarle al periodista nuevas perspectivas como, por ejemplo, sobre la atención que han recibido y los efectos psicosociales del desplazamiento, el aumento del maltrato y del abuso sexual, entre otros.

En cuanto a las reflexiones de periodistas y fuentes sobre actitudes y respuestas de las fuentes, se dieron recomendaciones tales como: 1) Entender las lógicas de los medios. 2) Evitar respuestas obvias que no le aportan nada al periodista. Las fuentes deben aprovechar cualquier pregunta para ilustrar al periodista y brindarle una mejor contextualización. 3) Evitar prejuicios negativos sobre los periodistas, pensando que no pueden entender los problemas que las fuentes plantean, lo que impide una relación fluida. 4) Evitar el tono quejumbroso o panfletario. 5) No creer que los medios de comunicación sirvan para hacerle propaganda a las fuentes. 6) Procurar expresarse con sencillez y claridad.

Tanto periodistas como fuentes deben recordar siempre su responsabilidad social y hacer el esfuerzo de comunicarse de manera sencilla, con públicos que no están enterados de muchas facetas del desplazamiento forzado y que, en no pocas ocasiones, quieren permanecer distantes y ajenos.



Autor: Juan Antonio Sánchez “Las otras huellas de la guerra” 2001

Anotaciones sobre el uso del lenguaje en la intervención psicosocial

Por: Eduardo Villar Concha

Director de Sistemas Humanos y miembro de la Junta Directiva de la Fundación Dos Mundos

“El paraíso se pierde cuando en el lenguaje surge la cosa y oculta la acción, cuando lo importante no es lo que somos sino lo que decimos que somos”
Maturana¹

“Es la emoción lo que define a la acción. Es la emoción desde la cual se hace o se recibe un cierto hacer lo que hace a ese hacer una acción u otra, o lo que le da a ese hacer su carácter como una conducta de una cierta clase o de otra. Los seres humanos existimos en el lenguaje, y que todo el ser y hacer humano se da, por lo tanto, en el lenguajear entrelazado con el emocionar que es el conversar. Por lo mismo mantenemos también que la existencia en el lenguaje hace que cualquier quehacer humano tenga lugar como una red particular de conversaciones que queda definida en su particularidad por el emocionar que define a las acciones que se coordinan en ellas”
Maturana

Diferentes autores desde diferentes disciplinas (G. Bateson, antropólogo, H.v. Foerster matemático, P. Ricoeur, filósofo, H. Maturana, biólogo, entre muchos otros) han señalado la importancia del lenguaje en la forma como vivimos el mundo y las relaciones. Grande fue el debate entre aquellos que consideraban el lenguaje como algo que describía la forma de ser las cosas, se creía que “las cosas son como son” y así hay que señalarlas; y aquellos que desde las reflexiones en el campo Sistémico han planteado que “las cosas son como uno las describe” (H.v. Foerster)², el lenguaje forma parte de lo descrito y es parte fundamental de la relación “hecho-Observador”, en otras palabras no es neutral y configura el curso de esa interacción.

El trabajo en la Intervención con situaciones de violencia emocional, social y política, requiere una serie de consideraciones que en conjunto invitan a en-

tender la complejidad de la situación, su entendimiento y sus acciones.

La primera es por la definición de violencia o como muchos prefieren llamar violencias en plural para señalar el amplio campo de observación.

Humberto Maturana la define así: “Hablamos de violencia en la vida cotidiana para referirnos a aquellas situaciones en las que alguien se mueve en relación al otro en el extremo de la exigencia de obediencia y sometimiento, cualquiera que sea la forma como esto ocurra en términos de suavidad o brusquedad y el espacio relacional en que tenga lugar. Es la negación del otro que lleva a su destrucción en el esfuerzo por obtener su obediencia o sometimiento”³.

Una de las consecuencias de aceptar esta definición es la de poner en evidencia al Observador: ¿Quién

1. Maturana, H. (1993). Amor y Juego. Fundamentos olvidados de lo humano. Instituto de terapia cognitiva. Chile.

2. Foerster, H. (1998) Sistémica Elemental, desde un punto de vista superior. Fondo editorial universitario EAFIT. Medellín.

3. Maturana, H. (1991). El sentido de lo humano. Hachette. Chile.



Autor: Natalie Sánchez "Taller de la Fundación Dos Mundos" 2008

la define? ¿Qué elementos tiene en cuenta para hacerlo? ¿Quiénes comparten esta apreciación? Y la siguiente es que pone en evidencia el lenguaje, es a través de éste que hacemos descripciones para señalar lo que queremos y además las explicaciones o justificaciones con que mantenemos esa explicación, en otras palabras es el lenguaje el que califica y señala y justifica una acción.

El lenguaje es acción, con las palabras hacemos cosas, no solo las describimos (Austin, Searle, Echeverría, 2002)⁴. Maturana ha descrito en forma clara la relación entre emoción y lenguaje, donde no pueden separarse como dos cosas distintas, la una prefigura la otra en un proceso circular a través del tiempo, y por tiempo me refiero a esa unidad mínima que transcurre en el devenir de una conversación, de forma tal que hay un moldeamiento, un cambio que sucede en la evolución de la conversación o interacción que se está viviendo u observando.

Estas breves consideraciones quieren poner en evidencia su importancia en cualquier trabajo de intervención u ayuda psicosocial. Si lo humano se constituye en el lenguaje, toda acción y toda interacción está mediada por éste y por lo tanto no es indiferente que usemos una expresión u otra pues cada una prefigura una posible interacción.

¿Qué es lo que hacemos cuando queremos entender una situación cualquiera? La describimos, explicamos, justificamos en el lenguaje dando coherencia a las acciones con las explicaciones, lo maravilloso y al mismo tiempo "problemático" es que son posibles varias explicaciones y descripciones, no hay una única, son varios los relatos que podemos hacer, dependiendo de la posición del observador, de la información que se tenga, de lo que se quiera resaltar u ocultar, como decía el gran poeta Pedro Salinas⁵: "¿Quién te va a ti a conocer en lo que callas, o en esas palabras con que lo callas?"

4. Austin, J.L. (1971). *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y Acciones*. Paidós. Buenos Aires. Echeverría, R. (2002) *Ontología del lenguaje*. Dolmen. Santiago de Chile.

Foerster, H. (1998) *Sistémica Elemental, desde un punto de vista superior*. Fondo editorial universitario EAFIT. Medellín.

5. Salinas, P. (1953). *La Voz a Ti Debida*. En *Poemas Escogidos*. Espasa - Calpe, S. A. Madrid.

Hay que agregar otra situación que han puesto en evidencia los comunicadores en especial: cada participante en una interacción le da sentido a lo que oye, ve, recibe de acuerdo con su entendimiento, su historia, sus deseos o temores, es esta una de las razones para que ese intercambio sea vivido o descrito de forma diferente por cada participante.

Estas breves consideraciones sirven de marco para la reflexión sobre el lenguaje, su uso y sus implicaciones en el describir, interpretar, dar sentido a cualquier acción que queramos describir y poder afirmar que el lenguaje no es “neutral”, le da un sentido a aquello que señala, al mismo tiempo

que “oculta” un aspecto de lo señalado. El lenguaje utilizado “invita” a un tipo de relación que esa descripción permite.

Dentro del amplio marco que es el pensamiento Sistémico se han desarrollado diferentes formas de entender e intervenir, una de ellas se conoce con el termino de narrativa, que hace énfasis es esta forma de ver lo humano, somos “contadores de historias”, al preguntar ¿quien soy? respondo con una historia que puede tener muchas versiones, énfasis, ausencias, “nunca es completa” y cambia con el tiempo y el interlocutor, hacia quien va dirigida, cual es la relación que tengo con quien la escucha o la lee.



Autor: Natalie Sánchez “Taller de la Fundación Dos Mundos” 2008

Concursos nacionales de Cuento y Fotografía sobre Desaparición Forzada “Sin Rastro”

Por: Manuel González
Fundación Dos Mundos

La convocatoria a los concursos de Fotografía y Cuento sobre Desaparición Forzada Sin Rastro, realizada por la Defensoría del Pueblo, la Comisión Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas, la Pontificia Universidad Javeriana, el Instituto Pensar y Fundación Dos Mundos resultó un éxito, tanto por la cantidad como por la calidad de los participantes, que se acercaron con altura plástica y literaria a un tema que debe despertar los más hondos sentimientos de solidaridad.

Para el certamen de fotografía, se recibieron 517 imágenes enviadas por 145 fotógrafos y fotógrafas profesionales e independientes y reporteros gráficos de los más importantes medios nacionales y locales del país. El jurado calificador integrado por Eduardo Serrano Rueda, Richard Emblin Molano y Fernando Jiovani Arias; resolvió seleccionar cien fotografías y otorgar el primer puesto al trabajo de Stephen Ferry titulado “Desaparición Forzada en Colombia” y el segundo puesto a Luís Henry Agudelo por su trabajo “Sin Rostro”.

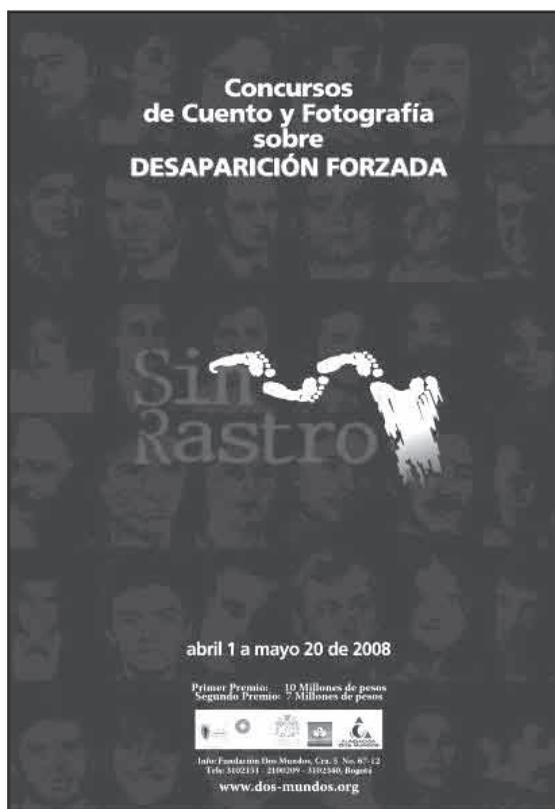
En el mes de diciembre, bajo el título “Sin Rastro, imágenes para construir memoria”, la Fundación Dos Mundos y la Agencia de Cooperación Técnica Alemana GTZ lanzarán una publicación con los cien trabajos de fotografía seleccionados por el jurado.

En la modalidad de cuento se recibieron 427 relatos, provenientes de escritores reconocidos a nivel nacional e internacional, profesores de literatura, jóvenes promesas y estudiantes de diferentes regiones del país. Los miembros del jurado conformado por Juan Gustavo Cobo Borda, Guillermo González Uribe y Fernando Jiovani Arias decidieron seleccionar veinte cuentos y otorgar el primer puesto a Jorge Eliécer Pardo por su cuento titulado “Los sin nombre, sin rostros, ni rastros” y el segundo puesto a Miguel Fernando Mendoza Luna por su relato “Domingo para tres”.

Los veinte cuentos seleccionados harán parte de la publicación titulada “Cuentos para no olvidar el rastro” que se lanzará en el mes de enero de 2009 por la Fundación Dos Mundos y la Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos.

El resultado de estos concursos buscan servir como herramienta para promover

la consciencia entre sectores más amplios se la sociedad colombiana, sobre las implicaciones psicosociales que tiene esta conducta para los familiares y para el país, y para motivar la exigencia de una respuesta estatal que se exprese en una clara decisión política de no consentir esta práctica, enfrentar su impunidad, alentar su prevención y motivar la atención adecuada de las víctimas.





Título: "Desaparición Forzada en Colombia"

Autor: Stephen Ferry

Sin Rastro

Fundación Dos Mundos

Año: 2007

Desde el 19 de marzo de 1999, la Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria, agrupa a personas expuestas a distintos hechos de violencia del conflicto armado, entre estos a las víctimas de desaparición forzada. Cada miércoles se reúnen frente a la iglesia de la Candelaria en Medellín para hacer visible su drama.

MISEREOR
IHR HILFSWERK

FUNDACIÓN DOS MUNDOS
Cra. 5 No 67-12
Bogotá, DC, Colombia - Telefax: 3102151 - 3102340
www.dos-mundos.org

